Inquietudes en el *impasse*

Colectivo Situaciones

tinta limón
-EDICIONES-

Inquietudes en el impasse es el texto que el Colectivo Situaciones preparó para el libro *Conversaciones en el impasse. Dilemas políticos del presente* (Tinta Limón, 2009). Su escritura forma parte de un diálogo con diferentes interlocutores, que en ese libro aparecen entrevistados: Suely Rolnik, Franco Berardi *Bifo*, León Rozitchner, Sandro Mezzadra, Raquel Gutiérrez Aguilar, Toni Negri, Peter Pál Pelbart, Santiago López Petit, Michael Hardt y Arturo Escobar.

Si decidimos editarlo simultáneamente en dos formatos distintos (aquí se publica desprendido del resto de las contribuciones), es para dar lugar a varias formas de circulación del texto. Con esta edición, de bolsillo y económica, aspiramos a exponer nuestra voz –en este caso: *nuestra inquietud*– como material de debate y de fácil difusión. Enhebrado con los hilos más o menos visibles de otras conversaciones, creemos que así presentado se vale por sí mismo. No tanto como posición o declaración de

un grupo, sino como necesidad de abrir espacios de elaboración colectiva sobre un presente que aparece despotenciado cuando no hace justicia al valor de las luchas de la última década y media. Lo que nos interesa es recrear un punto de perspectiva desde el cual leer las formas en que el neoliberalismo fue cuestionado, así como la resignificación de ciertas instancias de gobierno. Para aventurar la política que al mismo tiempo falta y está por venir.

Septiembre de 2009

★

Impasse: un tiempo en suspenso

Hablamos de un *impasse* para caracterizar la situación política contemporánea. Imagen resbaladiza y difícil de teorizar, pero muy presente en las diversas situaciones que recorremos. En tanto concepto que intentamos construir, requiere una práctica *perceptiva* que nos sitúe más allá de las representaciones utilizadas por la lengua de la política, el ensayo, la filosofía o las ciencias sociales. Y una sensibilidad que nos arrastre hacia ese tiempo en *suspenso*, en que todo acto vacila, y donde sin embargo ocurre todo aquello que requiere ser pensado de nuevo.

La noción de *impasse* aspira a nombrar una realidad cuyos signos no son evidentes y se propone como clave de inteligibilidad de la atmósfera en que vivimos. Para ello acudimos a un conjunto de conversaciones orientadas a indagar qué articulaciones discursivas, afectivas y de imaginación política habilita la actividad *en* el presente. Un presente que, como dijimos, se revela como tiempo *en suspenso*: entre la ironía del eterno retorno de lo mismo y la preparación infinitesimal de una variación histórica.

El *impasse* es sobre todo una temporalidad ambigua, donde aparentemente se han detenido las dinámicas de creación que desde comienzos de los años noventa animaron un creciente antagonismo social, cuyo alcance puede verificarse en la

★

capacidad para destituir los principales engranajes del neoliberalismo en buena parte del continente.

Decimos que la detención es *aparente* porque, como veremos más adelante, no es cierto que se haya diluido de manera absoluta la perspectiva antagonista, ni mucho menos que se encuentre paralizado el dinamismo colectivo. Por el contrario, en el *impasse* coexisten elementos de contrapoder y de hegemonía capitalista, según formas *promiscuas* difíciles de desentrañar.

La ambigüedad se convierte así en el rasgo decisivo de la época y se manifiesta en una doble dimensión: como tiempo de crisis que no posee un desenlace a la vista; como escenario donde se superponen lógicas sociales heterogéneas, sin que ninguna imponga su reinado de manera definitiva.

Lo cierto es que la sensación según la cual la actividad política desde abajo (tal como la conocimos) estaría atascada y como adormecida, adquiere incontables matices cuando concebimos la realidad latinoamericana y de buena parte de occidente. La complejidad de situaciones que no cesan de mutar por el influjo de la crisis global nos impulsa a considerar este *impasse* como un concepto abierto –tal vez momentáneo, tal vez duradero– a todos los tonos y derivas posibles.

Hasta no hace mucho tiempo se apeló a la idea de *transición* para caracterizar los períodos donde coexistían elementos disímiles o contradictorios. Según esta perspectiva, la

convivencia resultaba siempre momentánea y la heterogeneidad tendía a ordenarse a partir de un sentido histórico que le otorgaba orientación, distinguiendo los rasgos "del pasado" (que no terminaba de morir) de aquellos que preanunciaban un futuro (que sin embargo no acababa de nacer). A lo sumo podían detectarse, al interior de esta dialéctica histórica cuya resolución era previsible, movimientos de reflujo o de repliegue, que demoraban e influían en el resultado esperado. Así funcionaron primero las diferentes experiencias de transición al socialismo y luego la denominada "transición a la democracia".

En el *impasse*, en cambio, el tiempo transcurre sin confianza en el progresivismo e insensible a toda totalización. El *suspenso* se corresponde con una sensación de detención/inaprehensión del tiempo, de incapacidad de aferrar los posibles de una época acosada por todo tipo de interrogantes. Es un tiempo movido por una dialéctica sin finalidad. Pero, a la vez que rechaza el argumento de que asistamos a un nuevo *fin de la historia* (como se promocionaba hace poco más de una década), se expande un estado de ánimo donde conviven el *agotamiento del sentido histórico* con un renacer esplendoroso de lo *ya-vivido*.

¿En qué aspecto hablamos de agotamiento histórico? En tanto las posibilidades parecen multiplicarse hasta el infinito, pero el *sentido de la acción* se vuelve insondable, se disipa. La

posibilidad de la apertura (la apertura de la posibilidad) que se presenta "como a mano", esa tentativa de pregunta *absoluta* (una suerte de *¿y por qué no*?), se revierte, en el *tempo* del *impasse*, en dinámica de atoramiento.

Finalmente, ¿a qué nos referimos con un retorno de lo *ya-vivido*? A una economía fantasmática que hace que lo actual se vista de memoria, de manera tal que el pasado retorna como puro recuerdo, homenaje o conmemoración. Este *retorno de lo mismo* como recuerdo se da como *cierre* ante una pregunta que *abrió un tiempo nuevo* y, sin embargo, quedó desfigurada. Desfigurada en tanto se la quiso clausurar con las respuestas históricas de lo ya pensado, neutralizándola como espacio de problematización. Y, aun de ese modo, persiste latente o pospuesta como tensión irresuelta. En el *impasse* se configura así un juego incesante de frustraciones y expectativas.

Sensibilidad y situación

El *impasse* es también imposibilidad (o esterilidad) de toda tentativa de armar un "cuadro de situación" acabado, concebido desde una perspectiva panorámica definitiva. Lejos de rechazar la bibliografía –necesaria y urgente– sobre la crisis económica global y la consumación de la máquina del poder en el occidente posmoderno,

★

advertimos sobre la necesidad de articular estas investigaciones con un modo de la sensibilidad capaz de desarrollar conceptos a partir de las situaciones que atravesamos. Conceptos que, de otro modo, tienden a autonomizarse en el espacio de la racionalidad puramente lógica donde pulimos las representaciones abstractas.

Más que nunca, entonces, precisamos de las situaciones no sólo como concepto llave de la articulación entre pensamiento y práctica, sino también como realidad concreta en que la potencia política se descubre, se inicia y nos lleva más allá de los saberes. Es en ellas también donde se despliega el combate cotidiano contra los clichés, promovidos por el *habitus* mediático y los cálculos puramente utilitarios. Despojados del alivio que esos clichés proveen, se abre la posibilidad de hallar una incesante movilidad social que agujerea de modo intermitente los intentos de normalización, alimentando luchas en todos los niveles y actualizando las figuras que expresan lo común. El *impasse* al que nos enfrentamos es entonces, ante todo, un desafío para la imaginación teórica y la sensibilidad de nuestras prácticas, y una invitación a recrear, en base a ellas, una nueva gramática política.

Siguiendo estas premisas nos topamos con algunas intuiciones a mitad de camino entre conceptos filosóficos e impresiones dispersas: justamente un tipo de hibridación afectivo-

conceptual en estado de alerta que será nuestra "guía situacional" en lo que sigue.

Una de esas intuiciones es la existencia de un mundo gobernado por unos poderes capaces de introducir todo su veneno abstracto dentro de nuestros tejidos pensantes, perceptivos y sensoriales duplicando la realidad como cliché o codificación mediática. No evocamos, frente a esta nueva superstición, una confianza en supuestos poderes desmitificados del sujeto: como un Descartes del posmodernismo en crisis ya no nos encontramos en el "pienso, luego existo", pero desconfiamos –tenemos que desconfiar– de su otro: "siento, luego existo". No podemos apoyarnos tampoco en el "deseo, luego existo", ni en aquel que dice "existe el otro, luego existo" de la intersubjetividad. Estas figuras de la crítica parecen por igual arrasadas ante el más universal "me mediatizo, luego existo". Por esto, es desde los malestares identificables en cada uno de nosotros –individual y colectivo– que podemos practicar la sospecha y la desobediencia ante los múltiples tratamientos que la "sociedad terapéutica"[1] nos ofrece para aliviarlos y gestionarlos. El malestar que logra resistir esta terapéutica mediática desautoriza al mismo tiempo uno de los mecanismos más imponentes de la gubernamentalidad en el *impasse*.

1. Ver *La sociedad terapéutica*, Espai en Blanc. Materiales para la subversión de la vida, Barcelona, 2007.

★

Segunda intuición entonces: hay una potencia a desarrollar en la práctica misma de problematizar nuestros malestares desde una perspectiva colectiva y autónoma, capaz de desplegar iniciativas concretas frente a ellos.

¿Es el *impasse normalización*? Nos vemos obligados a respondernos: sí y no; porque el *impasse* es tiempo suspendido en el cual el espacio de la crisis y la excepción son tratados a partir de un *ethos* y unos saberes normalizantes, ellos mismos evidencia del trasfondo oscuro y caótico que los amenaza permanentemente. Es esta idea de la crisis como "modo de ser de la multitud" –y sus sentimientos públicos a los que refiere Paolo Virno[2]– lo que torna insuficientes los mecanismos de gobierno de estas subjetividades. Materialidad de la crisis que se asemeja a una rebelión que en sí misma no tiene cómo devenir revolución, pero que al mismo tiempo bloquea, de manera continua, la restauración de un orden fundado en la mera estabilidad. Es esta "doble pinza" la que nos permite fundar la idea de un *impasse* no sólo en la llamada excepcionalidad argentina (con sus crisis recurrentes), sino en una condición global que no puede ser pensada sin las debidas diferencias regionales.

2. Paolo Virno expone de una manera completamente actual también para nuestro contexto los modos de ser de la multitud posfordista: "cinismo", "oportunismo" y "curiosidad". Ver *Ambivalencia de la multitud*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2007.

★

La performatividad del capital

Apenas empezamos a describir el *impasse*, notamos la ambigüedad de las imágenes con que contamos. La dificultad que experimentamos para sostener una práctica de *expresión autónoma* no nos arroja simplemente a la mudez y al silencio, ni nos condena a un ruido caótico permanente, sino que nos coloca ante un pensar colectivo fragmentario que busca sus modos de traducción, compatibilidad y reconocimiento horizontal.

Lo mismo ocurre con la sensación de una suspensión de la actividad política autónoma: lejos de diagnosticar una pasividad colectiva de la acción –o la captura de su sentido–, chocamos con un tipo de movilización laboral y existencial que genera un efecto de ocupación del tiempo a partir de la reposición de la lengua de la economía (del consumo y el trabajo). Lo sabemos de sobra: trabajar implica, cada vez más, un notable esfuerzo por acceder a una disponibilidad permanente y estandarizada, dada por un continuo proceso de autoformación y por la comprensión de consignas jerarquizantes que acoplan los cuerpos y las mentes de acuerdo al código dominante: la valorización en el mercado de trabajo, cada vez más precario, que se desarrolla bajo la exigencia de producir resultados parciales en un tiempo regulado. Tal movilización liga de un modo íntimo la búsqueda de una cierta normalidad añorada con una amnesia respecto de los usos políticos del tiempo.

★

Sin embargo, la movilización tiene su correlato de pasividad. No sólo la actividad social genérica se convierte en trabajo, consumo y obediencia. Existe también una inmovilidad más literal, ligada al encierro en las propias vidas domésticas y al territorio más inmediato que deviene gueto; una adhesión a los miedos que segmenta la ciudad por zonas, con sus accesos diferenciados, más veloces y menos veloces, más seguros e inseguros. La economía se constituye así en un código que distribuye y asigna los lugares en la metrópoli. Traza las fronteras y establece mecanismos de control, más o menos explícitos, para la vida que se despliega en sus confines.

Las numerosas e incesantes *grietas* de esta normalización (las vidas que no entran en este proyecto, pero también los momentos agrietados de todas las vidas) son presentadas como espacios de precariedad temporal. Una fragilidad que se pretende conjurar y en la que el abismo del vacío funciona como chantaje que convoca a la adaptación sumisa. Y, sin embargo, estas inconsistencias, que nos ponen al borde de la ausencia radical de sentido, evocan los dilemas más agudos de lo que Santiago López Petit llama "querer vivir": nos colocan entre la muerte (experiencias extremas del miedo, la angustia, etc.) y el desafío a las formas de la normalización misma. La posibilidad de ocupar el *tiempo* de otros modos constituye el reverso

monstruoso de la norma al exhibirla en su sin sentido. Un fondo de incertidumbre que no garantiza de por sí un horizonte político positivo, pero que exhibe la doble faz del *impasse*.

No constatamos hoy una identidad directa entre movimientos sociales y sentido político tal y como este acople se verificó en los años en que las luchas empujaron la crisis del neoliberalismo (aun cuando este desacople no inhibe desarrollos todavía no discernibles). Nuestra preocupación por presentar la cuestión del *impasse* no se reduce a una mera nostalgia política de *aquellos* movimientos. Por el contrario, nos interesa valorar las posibilidades actuales de la situación, aun cuando ella no se adecue a nuestras nociones previas.

En este sentido, interesados por el *momento latinoamericano* (con sus ambigüedades, potencialidades e irresoluciones), nos preguntamos por sus posibles reaperturas. Nuestro impulso no consiste en reeditar el pasado inmediato de los movimientos, sino en aprovechar de ellos un balance y una memoria útil a la apertura de nuevos despliegues capaces de relanzar las preguntas políticas radicales, hoy en suspenso, amenazadas por las posibilidades de un cierre.

El *impasse*, para nuestra sorpresa, es *global*. Hubiésemos creído que las percepciones que nos afectan se forman casi a escala barrial. Y, sin embargo, se hace evidente que son parte de una superficie mucho más amplia: la escala viene dada

tanto por la extensión de los espacios de cooperación social como por la maquinaria de control que trabaja formateándola. Los miedos y angustias que definen el tono afectivo de las ciudades no son una condición "natural" sino que pueden ser concebidos como el resultado de un conjunto de dispositivos de control cotidiano sobre la vida; ellos se organizan en capas diversas y entrelazadas del gobierno de la subjetividad a través de la gestión de la moneda, la información y el mundo del trabajo, con prolongaciones en los tratamientos terapéuticos y las disposiciones securitistas, coordinando sentimientos privados (fobias, pánicos, paranoias, etc.) que forman el paisaje del neocapitalismo contemporáneo. A la producción de estos efectos de poder sobre las vidas la llama Toni Negri "performatividad del capital".

Asumir la política en este nivel nos obliga a un *materialismo perceptivo*, capaz de captar la eficacia de la performatividad del capital en los cuerpos y en el espacio de sus interacciones para poder operar desde allí modificaciones efectivas. Contra la creencia de que la moneda, la estética, la información y el consumo serían variables "objetivas" a gobernar, éstas se revelan, cada vez más, como dimensiones del gobierno de la subjetividad. El *impasse*, como punto de partida, nos empuja a reiniciar la actividad política por debajo de tal "naturalización" del gobierno de las vidas. La política exige, contra toda versión ingenua del gobierno

como juego de sombras chinas, prácticas de contra-performatividad capaces de revertir los más sutiles mecanismos de hegemonía capitalista.

La arbitrariedad de la inquietud

Partimos del *impasse* "entre nosotros". Para abordarlo, entonces, nos proponemos un método de lo más casero: partir de nuestras inquietudes y darle rienda suelta a lo que vamos a llamar nuestras *arbitrariedades*; es decir: la *inquietud que no se adecua al ambiente*, condición indispensable para incluir realidad al mundo. Para recrear colectivamente las preguntas que nos conducen a escuchar, a decir, a ver de *otro modo*, explorando formas de percepción excluidas por la máquina mediatizadora.

¿Qué tiempo real, qué experiencia, marcan la noción de *impasse* entre nosotros? Uno en el que permanece irresuelta la relación entre posibilidad y acto, entre virtual y actual. El *impasse* no implica ausencia de actividad, sino actividad en ese "entre" en el que la constitución del sentido –que no preexiste– aparece trabada. En el *impasse* convive la apertura más radical junto a contenidos de lo más decepcionantes. La figura del *impasse* describe un estado de ánimo histórico. Y nuestro modo de situarnos en él es la *inquietud*.

Conquistar una espontaneidad, advertía Nietzsche, es buscar lo más difícil: la inquietud

★

como tercer término entre la pasividad resignada y el activismo reactivo quiere desanudar la pacificación a la que invita la época (con su economía fantasmática) y desactivar la pura reacción especular. Inquietud política, entonces, como punto de partida de una contraperformatividad y sitio de enunciación colectiva para replantear, de nuevo cada vez, el modo en que se nos presenta una realidad polarizada, binaria, simplificada.

¿Método *caprichoso*? Lo caprichoso es el mando político sobre las subjetividades. Lo que reivindicamos, en todo caso, es la capacidad de ampliar y multiplicar las zonas, regiones y modalidades del pensamiento constructivo-político a partir de las resistencias más cotidianas, aparentemente más sencillas. Nuestra propia trayectoria hizo que en algún momento llamásemos *investigación militante* a este tipo de ocupación. No se trata de una conciliación indeseable en lo que puede conllevar de impostura entre investigación académica y militancia política, sino de insistir en dar forma de pregunta al plus de actividad, de afecto, de imaginación que es la vida individual-colectiva. Dar forma pública (en este sentido insistimos con la palabra "política") a esta "productividad antiproductivista" e inventar desde el cotidiano formas de reapropiación creativas capaces, por qué no, de volverse "momento comunitario".

Si tuviésemos que pensar qué es la investigación militante en el *impasse* diríamos que se

★

trata del esfuerzo por llevar a fondo esa *arbitrariedad* que nos exige pensar qué incomoda en el presente: desentrañar esa mezcla de malestar e inquietud con que hoy vivimos la pasión política. Se trata, entonces, de asumir(nos) en tanto seres singulares y colectivos al mismo tiempo, es decir, como "núcleos de verdad histórica" (al decir de León Rozitchner): sitios de elaboración y verificación de lo sociohistórico y, por tanto, campos de disputa del poder y la política. Se trata, en todo caso, de ampliar la investigación a experiencias de vida que, como decíamos, existen en confrontación con los problemas de época para, en esa confrontación permanente, ir pescando –como con una caña– signos. Signos que viven tanto en lo irrepresentable de la situación "exterior" como en lo más inquietante de nuestras subjetividades "interiores", y a partir de los cuales nos abrimos a la comprensión de lo que en cada situación insiste como *exigencia*.

Gubernamentalidad y nueva gobernabilidad

De la dictadura al triunfo del neoliberalismo vivimos en Argentina –como parte de un proceso ampliable a Latinoamérica– la instalación de un tipo nuevo de gobierno, cuyo funcionamiento ya no depende de la soberanía única y preexistente del estado, sino que se desdobla en infinitas instancias de gestión, a partir de acoplamientos contingentes capaces de intervenir

★

ante cualquier hipótesis de conflicto. La *novedad* reside en una invención permanente de dispositivos políticos, jurídicos, de mercado, de asistencia y de comunicación, que son articulados cada vez para tramitar situaciones puntuales. A esta forma de enraizamiento del gobierno en la sociedad Foucault la denominó *gubernamentalidad*. Se trata de la incorporación de dispositivos monetarios, de gestión de la opinión pública, de la influencia mediática y de reglamentación de la vida urbana que hacen del neoliberalismo una forma de control inmanente de las vidas, de su cálculo y de su disposición mercantil, al mismo tiempo que toma en cuenta el desarrollo de las libertades e iniciativas como valor máximo. En América Latina, sin embargo, este nuevo régimen de gobierno tuvo una singularidad: fue definitivo en su triunfo la instauración de formas de terror contrainsurgente entre los años 70 y principios de los 80. A partir de entonces, el estado deja de ser la síntesis soberana más consistente de la sociedad, para fundirse como un actor entre otros, al interior del funcionamiento de unos dispositivos de gobierno más complejos (*gubernamentalización del estado*).

Creemos que debido a las experiencias colectivas surgidas en torno a los movimientos sociales –desde principios de los 90 y hasta los primeros años del nuevo siglo–, que más tarde provocaron en muchos países de la región un desplazamiento

★

de los modos de gobernar en la medida que obligaron a la interpretación de algunos núcleos críticos manifestados por estas nuevas insurgencias, se genera un punto de inflexión al interior del paradigma de la gubernamentalidad neoliberal.

A esta inflexión la llamaremos *nueva gobernabilidad*. Está formada por la irrupción de las dinámicas sociales que cuestionaron la legitimidad del neoliberalismo puro y duro y la posterior llegada al poder de los gobiernos "progresistas" en el Cono Sur. Gobiernos que fueron determinados, de modos e intensidades variables, por la repercusión alcanzada por el *nuevo protagonismo social* en la alteración del régimen de gobierno puramente neoliberal. Nos interesa marcar aquí el sentido de la secuencia: fue el poder destituyente de estos movimientos el que impugnó y puso en crisis los dispositivos financieros, de asistencia social subordinada, de expropiación ilimitada de los recursos y de racismos consolidados (de la gubernamentalidad neoliberal) y el que permitió de uno u otro modo la llegada al poder de los gobiernos "progresistas". A tal conjunción de dinámicas se debe la nueva gobernabilidad.

En medio de la crisis, fueron también los movimientos y las experiencias de una nueva radicalidad las que pusieron en cuestión la gestión neoliberal del trabajo y de lo común (recursos, tierras, bienes públicos, conocimiento, etc.). Dichas dinámicas dieron lugar a una tentativa

★

de *atravesamiento* social, aun si de modo parcial, del estado (como aparato, pero sobre todo como *relación*); un estado que es ya una forma-en-crisis. Las innovaciones puestas en práctica, lejos de constituir nuevos modelos políticos a copiar, se exhibieron –allí donde tuvieron oportunidad de desarrollarse– como lo que son: tanteos tácticos en una disputa por redefinir la relación entre poder y movimientos.

Ya que si entre nosotros el neoliberalismo "duro" pudo definirse como el esfuerzo por encauzar y resumir lo social en la esfera del mercado (privatización y mercantilización general de la existencia, de la naturaleza, también del estado y las instituciones vía tercerización), el nuevo protagonismo social y su vocación destituyente dieron cuenta de la violencia de esa síntesis, devolviendo a la esfera pública la densidad política que el tratamiento puramente mercantil le amputaba, determinando la expansión de una verdadera *diferencia* en la escena política.

La nueva gobernabilidad ya supone entonces una complejización en la gestión de lo social, instalada desde finales de la dictadura. Pero su novedad radica en que los movimientos sociales se proponen –con éxito diverso– *determinar* normas, orientaciones y dinámicas de gobierno (estatales y no estatales), en un espacio que está también en permanente disputa. De tal carácter novedoso no se desprende una definitiva

e irreversible valoración positiva de su accionar, sino la constatación de que la plasticidad y ambigüedad de estos procesos es enorme, pues están sometidos por su propia naturaleza a los vaivenes de la lucha política.

Lo que sucede en torno de esta nueva gobernabilidad, los procesos concretos que limitan y/o amplían cada vez su dinámica democrática, es lo que nos interesa analizar a partir de aquí, para lo cual debemos tener en cuenta dos dimensiones. Por un lado, la "crisis de los movimientos sociales", tempranamente planteada por el colectivo *Mujeres Creando,*[3] que se tradujo en buena medida como dificultad para propiciar y profundizar políticas innovadoras en el plano institucional y en la propia dinámica de movimiento. Por el otro, la nueva gobernabilidad insinuada en ese encuentro de dinámicas heterogéneas, que se basó en el reconocimiento parcial y paradójico de los enunciados colectivos que surgieron en la crisis. Lo cual hizo que estas expresiones sean recodificadas desde las instituciones como meras demandas, desactivando su aspecto disruptivo y transformador.

3. "Crisis de los movimientos" designa la insistencia de estos movimientos en interpelar al gobierno, debilitando y equiparando su posición a la de los partidos y las ONG; la propensión a identificarse de forma egocéntrica, aceptando los rótulos "separatistas" predefinidos por las agencias estatales y de financiamiento internacional (mujeres, indígenas, campesinos, desocupados); y la escasa atención que se brinda a las complejidades de la vida cotidiana, impidiéndoles asumir problemas y empobreciendo su lenguaje. *La Virgen de los Deseos*, Tinta Limón Ediciones, Buenos Aires, 2005, págs. 163 a 168.

★

La excedencia producida por las experiencias sociales más novedosas de la última década no ha encontrado modos duraderos de *expresión pública autónoma*. Sin embargo, una modalidad de ese plus de invención persiste bajo premisas posibles de ser tenidas en cuenta por diversas instancias de gobierno en el presente. En este sentido puede entenderse el postulado que ha inhibido la represión política en varios países del continente, o la hipótesis de que no es rentable seguir apelando al discurso del ajuste y la privatización. Ambos, si bien pueden ser considerados "enunciados negativos" en la medida en que traducen como prohibición lo que había emergido como apertura destituyente, al mismo tiempo muestran el carácter duradero de sus efectos cuando llegan a ser percibidos como principios axiomáticos inevitables.[4]

De esta manera, las marcas que la crisis (con sus protagonistas) inscribió en el tejido institucional resultan aún hoy visibles, en pleno proceso de normalización y debilitamiento de los propios movimientos. Y esta persistencia se da como un juego de *reconocimientos parciales* con efectos variables (reparatorios, de confiscación, compensatorios) que, sin embargo, excluyen la perspectiva concreta de la *reapropiación social de lo común* surgida de la

4. Diversos acontecimientos intentan refutar los logros conquistados durante los últimos años. El golpe de estado en Honduras y sus implicancias regionales, así como el cierre de procesos de innovación democrática a escala nacional, tensionan al máximo el carácter *duradero e inevitable* de tales premisas.

agenda de los movimientos a nivel regional (como argumenta Raquel Gutiérrez Aguilar).

Digámoslo una vez más: la ambigüedad caracteriza este momento. Los enunciados democráticos que sobreviven a las circunstancias que le dieron origen quedan sometidos a nuevas interpretaciones de las fuerzas en disputa, al punto que su despliegue ya no depende de los sujetos que los concibieron, sino de quienes adquieren en el presente la capacidad de retomarlos según sus propios fines. El escenario remite así a un juego de espejos, en el que todos nos preguntamos por el destino de tales premisas, mientras las posiciones no cesan de multiplicarse. No son comparables, por ejemplo, la tentativa del Partido Único de la Revolución Bolivariana de Venezuela con los dilemas que enfrenta Morales ante la ofensiva reaccionaria de la Medialuna; así como no se asemejan situaciones tan frágiles como la de Paraguay con los países que, al estilo de Ecuador, han logrado procesos constituyentes. Tampoco pueden asimilarse entre sí, sin más, el avance militar y paramilitar en la zona de Chiapas, la incapacidad del PT por crear una candidatura que no sea la de Lula, o el estrechamiento de los interlocutores que, tanto dentro como fuera del gobierno, ahuecan la escena política argentina.

El debilitamiento de las tendencias más virtuosas que caracterizaron a la nueva gobernabilidad ha determinado el bloqueo de su espíritu

innovador, dando lugar así al tiempo de atoramiento en el que estamos inmersos: el *impasse*.

Nueva gobernabilidad y buen gobierno

Con la consigna del *mandar obedeciendo*, los zapatistas intentaron redefinir justamente la relación del poder desde abajo con las instancias de gobierno una vez que se ha desestimado la captura del estado como medio privilegiado del cambio social. *Mandar obedeciendo* se convirtió así en sinónimo de otra fórmula: la del *buen gobierno*. Fueron ellos también los primeros en tratar de experimentar una dialéctica con el gobierno local y nacional cuando iniciaron los Diálogos de San Andrés, luego del levantamiento armado en Chiapas. Con aquel fracaso sobre las espaldas, los zapatistas hicieron pública su desconfianza ante la más reciente ola de los llamados gobiernos "progresistas" o "de izquierda" en la región, relanzando, con La Otra Campaña, su convocatoria a los de abajo y a la izquierda social y autónoma.

¿Qué implicancias tuvo que Evo Morales terminara su discurso de asunción en enero de 2005 diciendo que se disponía a *mandar obedeciendo*? ¿Qué indicaba el desplazamiento de esta consigna política a la tan disímil situación boliviana? En primer lugar, señaló el peso de los movimientos sociales que, en su fuerza movilizadora y desestabilizante, forzaron un "más

allá" de las formas representativas de gobierno. Pero en segundo lugar, resaltó la paradoja por la cual son esos mismos movimientos que han hecho de la desobediencia su plataforma de acción política, la base de una nueva gobernabilidad desde entonces en formación. El uso del *mandar obedeciendo* en Bolivia se aplicó al proyecto de coexistencia entre, por un lado, estos poderosos movimientos sociales que vienen enfrentando hace décadas al neoliberalismo y al racismo y, por otro, a un conjunto de corporaciones transnacionales y actores políticos relevantes en la pugna en torno a la explotación de recursos (naturales-sociales) clave para la inserción de Bolivia en la economía mundial.

Así, entre la "nueva gobernabilidad" y la idea de "buen gobierno" zapatista desplegada en las Juntas de Buen Gobierno, se juega el contenido del *mandar obedeciendo*. Más que dos hipótesis contrapuestas, ambas –cuando no quedan cristalizadas como polaridades irreconciliables– intentan pensar la cuestión del gobierno en relación al poder constituyente desde abajo. Y muestran cómo un elemento comunitario, tal como el *mandar obedeciendo*, se ha vuelto un elemento radicalmente contemporáneo a la hora de pensar nuevas hipótesis políticas.

Los zapatistas, sin embargo, han comprobado que en México esa dialéctica entre gobiernos y movimientos puede no funcionar y que,

su fracaso, obliga a los movimientos a una nueva fase de silencio y, a veces, de reconversión sustancial de sus estrategias.

¿Qué pasa cuando ciertas tendencias al *mandar obedeciendo* posibilitan una tentativa de atravesamiento del estado inaugurando una dinámica de *nueva gobernabilidad*? Dijimos que los movimientos sociales (y ahora nos referimos de manera más precisa a los sujetos concretos, organizados en torno a luchas experimentales bien encarnadas) se quedaron sin "expresión pública autónoma". El plano transversal de producción y elaboración política que emergió durante la fase más callejera de la crisis ya no existe o sólo puede verificarse de manera fugaz, lo que impide construir pragmáticas que desplieguen en un sentido emancipador las premisas conquistadas.

En el *impasse* constatamos, entonces, el agotamiento de cierta modalidad del antagonismo, ya sea en su versión multitudinaria y destituyente como en su capacidad para inspirar nuevas instituciones (posestatales). Ese decaimiento de la tensión antagonista permitió el relegamiento de un conjunto de dilemas formulados por las luchas, en torno al trabajo asalariado, la autogestión, la recuperación de fábricas y de recursos naturales, la representación política, las formas de deliberación y decisión, los modos de vida en la ciudad, la comunicación, la soberanía alimentaria, la lucha contra la impunidad y la represión. Lo cual puede

ser considerado un indicador de la incapacidad relativa de los "movimientos" (es decir, *nuestra*) para jugar con versatilidad en la nueva situación. Versatilidad que no refiere sólo (ni fundamentalmente) a una eventual participación en el juego "político coyuntural", ni a la insistencia en un enfrentamiento sin destino (en la medida en que carece de anclaje), sino sobre todo a la posibilidad de independizar ámbitos propios desde los cuales leer el proceso de manera autónoma. A tal fin, sólo una madurez política de los movimientos aporta la capacidad táctica para hacer de la autonomía una perspectiva lúcida en los momentos de máxima *ambivalencia*, y poner en juego sus múltiples dimensiones. Sin embargo, el potencial democratizador de los movimientos sociales ha quedado en suspenso, preso de los cánones del *economicismo* (que hacen del aumento del consumo el único contenido a tener en cuenta),[5] o

5. Recomendamos leer la ponencia completa "Palabras en el segundo viento" de Oscar Olivera, pronunciada en el Primer Encuentro por la Digna Rabia, 5 de enero 2009, Chiapas, y publicada por Ukhampacha Bolivia, www.ubnoticias.org. Además de un brillante balance de los movimientos de los últimos años en Bolivia, recalca el sentido de su accionar: "Mucha gente de manera generosa y sencilla ha dado su Vida por la Vida. Hemos dado muchos muertos. Ese pensamiento y ese accionar es el hilo transversal de estas nuestras rebeliones, que no sólo se reducen, como muchos creen, a la disputa por la gestión del aparato estatal, de los blancos por los indios; por la gestión de una empresa o un bien común como los hidrocarburos; una lucha por ejercitar soberanía y/o 'nacionalizar', para 'desarrollarnos'. No, no es sólo eso. Las luchas son para la VIDA y por la vida, contra la muerte, porque no nos interesa ser como los otros países 'desarrollados'. Nuestra lucha no es por alcanzar los altos índices de consumo que, a costa nuestra, tienen los que habitan los países del muy Norte-Norte; nuestras luchas son para que la

confinado a una dimensión estrechamente *institucionalista*, con los que se ha identificado, muchas veces, la nueva gobernabilidad.

Pero el *impasse* está también tramado por otro tipo de indefinición, que surge del agotamiento de las formas de dominio heredadas y la confirmación de ciertas invariantes que apuntalan la dominación como tal. Especialmente la reposición de formas de gestión neoliberal del trabajo bajo una narrativa desarrollista. Que no sólo no permite aprovechar el balance sobre tal cuestión que han desplegado los movimientos, sino que desproblematiza narrativas que conviven muy bien con nuevas dinámicas de acumulación,[6] destructivas de la ampliación de la posibilidad democrática del uso de los bienes colectivos.

América Latina: un atravesamiento de la crisis

La coyuntura de América Latina ofrece así dos aportes para reinterpretar críticamente la crisis que afecta la escena global. Por un lado, el caudal de imágenes que anticiparon el descalabro del neoliberalismo, ahora generalizado (especialmente en Venezuela y Bolivia, en Ecuador y

humanidad sobreviva, para que nuestros hijos e hijas, nuestros nietos y nietas no sólo sean la prolongación de nuestros cuerpos, sino ante todo sean la prolongación de nuestros sueños y esperanzas... y en esos espacios, asumir la decisión inquebrantable de no vivir como esclavos es lo que nos impulsa, nos compromete, la cotidianidad de nuestras vidas".

6. Ver al respecto: *Minería transnacional, narrativas desarrollistas y resistencias sociales*, M. Svampa y M. Antonelli (comps.), Biblos, Buenos Aires, 2009.

en Argentina); por otro: haber expuesto cómo la constitución de una subjetividad política desde abajo habilita la posibilidad de un "atravesamiento democrático" de la crisis.

Esta interesante duplicidad, sin embargo, ha sido traducida de manera *neodesarrollista* por muchos gobiernos del continente, que si bien asumen el escenario de crisis, extraen de él argumentos que incitan a la reposición de un imaginario estatal-nacional, plagado de añoranzas por las formas *salariales*.[7]

La falta de matices de los discursos que configuran al oficialismo argentino actual se debe a su insistencia en oponer abstractamente secuencias que en verdad no resultan antagónicas: "liberalismo *o* desarrollo nacional", "mercado *o* estado", "economía *o* política". Tal manera de expresar los conflictos, si bien provee legitimidad inmediata y distribuye los roles en la escena, conlleva el riesgo de reponer la vigencia del neoliberalismo "político", ya que elude toda reflexión crítica sobre los modos en que se articulan institución y competencia, lo privado y lo público, democracia y consumo. La renuncia a construir un diagnóstico singular y la incapacidad de generar lecturas originales sobre la naturaleza de la crisis contemporánea tienen como correlato políticas que no consiguen dar cuenta del desafío actual.

7. En efecto, la crítica explícita o implícita al mando salarial sobre la reproducción social nos parece uno de los rasgos más ricos de la revuelta.

★

El *impasse* se superpone así con la crisis mundial del capitalismo: mientras el capital intenta redefinir nuevos lineamentos para su reproducción, la dimensión global del debate parece concentrada en evaluar las implicancias de una renovada política de intervención estatal. La reedición de este viejo binarismo supone, según Michael Hardt, la ausencia de racionalidades que consigan expresar la potencia surgida de los sucesivos y recientes ciclos de lucha.

Trabajo digno, genuino, decente... e imposible

Los años de crisis pusieron en entredicho la relación entre vida y trabajo. En Argentina, fue sobre todo en torno a los movimientos de los desocupados que este vínculo fue politizado. El desacople entre existencia y empleo dio lugar a un proceso de redefinición de la reproducción social y sus figuras: puesta en cuestión la forma salarial, ingresaron en escena ensayos asistenciales de asignación de recursos y modos variados de emprendimientos populares y autogestión.

El protagonismo piquetero dio lugar a la consigna *trabajo digno*, que expresaba la resistencia a limitar la reproducción de la vida a modos serviles bajo la forma de contraprestaciones por los planes sociales otorgados por diferentes instancias de gobierno. Lo cual implicó un cuestionamiento radical de las formas de gestión

neoliberal de los poderes territoriales basados en el clientelismo y todo un estilo de administración de la energía social de los barrios periféricos: desde la intolerable reducción de los "beneficiarios" (de los planes) a servidumbre doméstica por parte de los jefes políticos distritales (utilización como empleadas/os domésticos u obreros de la construcción para los funcionarios de las intendencias) al empleo del tiempo en tareas que sostenían el funcionamiento básico de los municipios y consolidaban la subordinación.

El *trabajo digno* fue expresión de una voluntad autónoma de desplegar la actividad de los movimientos que se resistían, en sus iniciativas, a asumir la ecuación "desocupado igual pasivo/dependiente". Por eso, en torno al trabajo digno se desarrollaron perspectivas diversas, algunas vinculadas a una reapropiación de los planes como base para la auto organización de emprendimientos, mientras que otras buscaron modos de empresarialidad popular que desde el comienzo rechazaron toda relación con dichos planes sociales.

También como alternativa a la lógica de la contraprestación, algunos movimientos desarrollaron emprendimientos económicos (cooperativas, ferias, redes de comercialización, etc.) que decidieron nombrar como *trabajo genuino*, aludiendo al carácter productor de valor de cambio, y no meramente subsidiado, de tales

labores. A su vez, esta consigna fue utilizada tanto por las corrientes más combativas que exigieron a las grandes empresas puestos de trabajo como efecto de sus luchas, como por aquellos que creían en una efectiva recomposición de la fuerza de trabajo y propiciaron, por todos los medios, la generación de empleo como parte de un desarrollo industrial sostenido.

En este mismo sentido los trabajadores que ocuparon las fábricas quebradas, y las pusieron a funcionar, ensayaron modos de gestión cooperativa[8] en diversos grados de ruptura con la organización del trabajo previa. Tanto en los criterios operativos (rotatividad en las labores, parámetros de productividad, mejoras en las condiciones de salubridad, etc.) como en la constitución de la asamblea como espacio privilegiado de la producción y la decisión colectiva.[9]

8. La gestión cooperativa no fue la única propuesta de gestión. Diversos núcleos y partidos de izquierda lanzaron la consigna de estatización con control obrero.

9. Dice Juan Pablo Hudson, quien desarrolla hace tiempo un trabajo de co-investigación con empresas recuperadas en Rosario: "Como signo de esa ambigüedad que determina hoy a los movimientos, en los propios espacios democráticos y horizontales construidos para la toma de decisiones colectivas, a veces se toman medidas que abren interrogantes sobre la actualidad de las empresas recuperadas. Es el caso de aquellas cooperativas que, habiendo logrado revertir la severa precariedad de la que partieron –económica, productiva, comercial, tecnológica, financiera–, requieren de la progresiva incorporación de nuevos trabajadores. Como es sabido, los grupos obreros que protagonizan las recuperaciones suelen ser acotados numéricamente, de ahí que sea necesario las incorporaciones a fin de sostener y ampliar el crecimiento logrado como consecuencia del trabajo en común y de una capacidad autogestionaria notable. Ahora bien, lo que tiende a ocurrir es que los trabajadores se niegan a sumar nuevos socios en

★

Todas estas iniciativas tuvieron que enfrentar desafíos equivalentes: ¿cómo hacer para que el trabajo colectivo no quedase entrampado en una nueva forma de (auto) explotación derivada de los requerimientos del mercado, con su lógica de valorización y sus patrones de productividad?

Desde el punto de vista de la recomposición del mercado laboral, activado por la mega devaluación de 2002, estas experiencias fueron interpretadas por el estado como demandas de *reproletarización*.

La efectiva generación de una dinámica laboral más amplia se desarrolló según el cuadro fragmentado que segmenta a la fuerza de trabajo entre ocupada y desocupada, formal e

---

las cooperativas. Esto se debe a los reparos que provoca incorporar en las asambleas y sociedades patrimoniales a obreros que no protagonizaron las luchas y las ocupaciones de las empresas.

Hay más: en el plano jurídico, la Ley de Cooperativas de Trabajo impide la contratación de empleados en relación de dependencia, por lo que una vez cumplido el período de prueba –tres meses– los nuevos trabajadores deben ser incorporados como socios, o bien despedidos. Para sortear esta situación hay cooperativas que decidieron crear emprendimientos paralelos (segundas marcas, locales de venta al público), inscribiéndolos como Sociedades Anónimas o Sociedades de Responsabilidad Limitada, de modo tal que les permita incorporar a los nuevos trabajadores. Tal ambigüedad no admite una valoración moral, porque pone de manifiesto la coexistencia de fuerzas contradictorias al interior mismo de las empresas recuperadas. Con estas contradicciones a cuestas los proyectos han logrado sostenerse en el tiempo e incluso crecer y consolidarse. La reciente realización de una nueva edición de la Feria del Libro Independiente y Alternativa (FLIA) en las instalaciones de la fábrica IMPA, que convocó a un importante número de editoriales y productores autónomos, es una muestra más de los niveles de apertura alcanzados por estos emprendimientos autogestionarios. Lo que precisamos son lecturas complejas de estas tensiones que sin dudas resultan desconcertantes, precisamente porque constituyen el presente de las luchas sociales".

informal, etc. Las diversas situaciones laborales, sin embargo, dieron lugar a un aumento parcial y diferenciado del consumo popular, siguiendo los ciclos del mercado. De modo paralelo, resurgió una conflictividad obrera y sindical a partir de la formación de comisiones internas que cuestionaron a las conducciones tradicionales, generándose, en algunos casos, novedosas experiencias de lucha sindical.

La reposición del imaginario de la sociedad salarial en base a lo que el discurso oficial llama hoy *trabajo decente* supone un balance negativo de los ensayos referidos, desplaza la cuestión por ellos planteada, y propone el "pleno empleo" (horizonte de sentido persistente a pesar de su crisis evidente)[10] como medio privilegiado de "redistribución de la riqueza". Al mismo tiempo, *recupera* tales iniciativas como orientación para la política social (bajo la forma de

10. Dice Emilio Pérsico, líder del Movimiento Evita, y funcionario del Ministerio de Desarrollo Social: "La única manera de construir un modelo económico, social y político estable es incluir a la clase trabajadora en un modelo de país. Y eso no se ha producido todavía. Es el gran déficit hasta ahora. No hay que olvidar que de la clase trabajadora sólo el veinte por ciento tiene empleo estable. Esa situación hace que los compañeros queden a merced del mercado. Y cuando el mercado va para atrás, quedan de nuevo al borde del abismo. Para elaborar una política fuerte de inclusión hay que generar *trabajo genuino*. Si no se genera trabajo genuino no hay salida de la pobreza. ¿Por qué? Porque el Estado también está a merced del mercado. Cuando el mercado anda bien, el Estado tiene más capacidad para subsidiar a la pobreza. Pero cuando el mercado anda mal, el Estado queda con menos capacidad. Los compañeros no quieren volver para atrás pero hoy hay una situación de inestabilidad, incluso en el voto, porque los trabajadores están a merced del mercado". *Página/12*, domingo 8 de agosto del 2009.

generación de cooperativas y emprendimientos financiados y monitoreados desde el estado).[11]

Sobre el neodesarrollismo

Ensayemos en este sentido algunas definiciones sobre el *neodesarrollismo*.

Esta tentativa consiste en un ensamblaje orgánico del mando político estatal-salarial, una estructura de subsidios a los servicios y al empleo, y una capacidad impositiva sobre la actividad extractiva y exportadora.

A su vez, es inseparable de un depredacionismo de los recursos naturales, del patrimonio genético común de las especies y de la producción de bienes comunes. Actualizando las técnicas más modernas de un tipo arcaico de explotación, actualiza también, contra sus premisas, una memoria de resistencias (tal como lo explica Arturo Escobar).

Entre sus límites señalamos: una subestima-

11. Continua Pérsico, en las mismas declaraciones: "Los subsidios generan derechos en la sociedad. La sociedad los toma como un derecho incorporado y entonces después se hace muy difícil anularlos, volverlos para atrás. Nosotros tenemos que dejar establecido un derecho, que es el derecho al trabajo, a una obra social, a tener un sindicato. Estamos hablando del derecho al trabajo estable. Argentina entrega unos 33 mil millones de pesos en subsidios. 20 mil son subsidios en forma indirecta a la pobreza, por ejemplo transportes y tarifas públicas. 10 mil van en subsidios directos a la pobreza, como el Plan Trabajar y las pensiones graciables. Mil son subsidios al empleo indirecto: se les paga a las empresas privadas para que no despidan personas. Y dos mil son subsidios directos para cooperativas. Hay que cambiar esa ecuación e implementar subsidios directos al trabajo".

★

ción sistemática de la ecología y de las posibilidades de la vida urbana (signada por una perspectiva del consumo y la seguridad); una dependencia absoluta del proceso complejo de gestión de sucesivas crisis del mercado mundial; y una subordinación de hecho a las vicisitudes de la economía financiera, de la que dice ser alternativa.

El neodesarrollismo (versión global del desarrollismo) implica una serie de continuidades y rupturas con el modelo neoliberal puro y duro, cuya crisis de legitimidad le da origen.[12] Si, de un lado, propone un retorno al trabajo y a la producción (el consumo, la familia, etc.) como eje de recomposición social tras décadas de erosión de los derechos laborales y colectivos; del otro, convive con unas condiciones (mediaciones financieras, precarización del empleo) que cuestionan la efectividad de su imaginario y determinan los límites de su efectuación.

Como tal, hereda y funcionaliza una *gestión neocolonial de la fuerza de trabajo*: la fijación de las poblaciones al territorio en el momento de máxima movilización de las mercancías se complementa con el traslado administrado (legal-

12. Desde el punto de vista de la gubernamentalidad, que trabajamos más arriba, se puede decir que existe una transición o mutación entre el modelo neoliberal puro de la década anterior a la tentativa neodesarrollista actual. Sin embargo, decíamos al comienzo que el impasse no se reduce a un momento de transición o de tránsito. El impasse captado desde el punto de vista de los movimientos sociales, en todo caso, señala la otra cara de aquello que es vivido como transición desde el punto de vista de la gubernamentalidad. Por eso, desde la óptica de la "transición", el impasse queda en ángulo muerto, invisible.

ilegal) de contingentes migrantes racializados, es decir, marcados nacional-étnicamente. Sus destinos de localización urbana y laboral son, respectivamente, la guetificación y la ultraprecarización (neoesclavista).

Estos importantes dispositivos de racialización y guetificación, sin embargo, trascienden toda especificidad étnico-nacional y alcanzan a un continuo de contingentes poblacionales más amplios al servicio de la producción de fuerza de trabajo servil.

Estos dispositivos, como argumenta Sandro Mezzadra, son parte de un mecanismo más extenso del gobierno del trabajo, a través de su fragmentación, pero también de su segmentación. A tal fin funciona el entrecruzamiento de discursos estigmatizadores que tratan como un problema de inseguridad la existencia de categorías –precisamente diversos segmentos– de la propia fuerza de trabajo, enfrentando entre sí "ocupados" y "desocupados"; "argentinos" y "no argentinos"; "blancos" y "negros"; "trabajadores estables" y "changarines"; "vecinos" y "villeros".[13]

13. Fue en abril de 2009, con el asesinato del camionero Daniel Capristo en la puerta de su casa en Valentín Alsina, que emergió con mayor fuerza la reivindicación de los discursos de la inseguridad en nombre de los trabajadores. A diferencia de otras marchas sobre la inseguridad, como las organizadas por Blumberg o el rabino Bergman que convocaban a la ciudadanía "atemorizada" de los barrios más pudientes, las movilizaciones desatadas en este caso –que incluyeron una marcha desde la casa de la familia al Obelisco, fuertemente respaldada por la participación de los camioneros de la firma empleadora Andreani– se hicieron señalando explícitamente la diferencia de condición *al interior* de los barrios populares entre trabajadores y no trabajadores.

★

A su vez, la llamada economía "productiva" depende y reproduce, como condición de rentabilidad, una diferenciación territorial de la ganancia por países o regiones, impulsando (a la vez que administrando) los procesos de desplazamiento territorial.

Por eso, en la conflictividad social se confunden las formas sindical-reivindicativas con las étnico-nacionales, colocándose en el centro de la dinámica (micro)política la cuestión de lo comunitario, con sus ambivalencias fundamentales.

Así, el neodesarrollismo involucra trabajo en negro, empresarialidad informal y salarios bajos presionando sobre el trabajo formal. Implica, por tanto, nuevas necesidades a la hora de imaginar formas de organización colectiva de la fuerza de trabajo. Se sabe: organización biopolítica (ya que el salario viene articulado de modo insalvable con los estándares de vida urbana, salud, educación, etc.).

Durante la fase virtuosa del aumento de ocupación, salario y consumo se activaron expectativas y experiencias de radicalización militante que, a tono con el contexto regional, contribuyeron a desplegar una retórica política en términos de conquistas y logros a defender durante la fase descendente y de confrontación con las premisas neoliberales subsistentes.

Una paradoja característica del neodesarrollismo es que si por un lado propone un aumento del

consumo popular, por otro limita este potencial democratizador al reducir la idea misma de riqueza a parámetros estándar, cuya definición nos viene ya-dada, en pos de reactivar el círculo de acumulación-renta-salario. A la vez que la generación de empleo supone una mayor participación de los explotados en el consumo de bienes, se asume acríticamente el paradigma de dicho consumo en tanto norma de participación de cada quien en la riqueza global. A través de este mecanismo se rejerarquizan las relaciones sociales y políticas en torno de un modelo ideal, estructuralmente inaccesible para las mayorías, en las actuales condiciones ecológicas, ambientales y energéticas.[14]

Mitológicas

Las luchas contra el neoliberalismo en la América Latina de la última larga década y media resultan inconcebibles sin el desarrollo de movimientos que recobran o reinterpretan un mundo indígena, unas culturas originarias, y toda una miríada de elementos mitológicos que, subordinados durante siglos al occidente colonial, forman parte de un potencial más amplio para *fabular* el presente.

14. Desde un punto de vista crítico, es decir: valorando desde abajo, el neodesarrollismo implica una dimensión de reconocimiento de las luchas sociales por el aumento de la participación en la riqueza. Esta dinámica reformista que apunta a aumentar derechos sociales constituye un momento de verdad que da forma a una orientación política práctica.

★

La existencia ambivalente de estos elementos mitológicos está dada por el hecho simultáneo de alimentar la imaginación de nuevas formas de gestión de lo común y de autonomía de lo social, por un lado; y, por otro, de funcionar –en su *reverso*– como vía de subordinación de poblaciones al paradigma nacional desarrollista. Como hemos indicado, el neodesarrollismo estimula un imaginario de reconstrucción de los lazos sociales alrededor del pleno empleo, al tiempo que se sostiene en el trabajo precario: numerosos elementos mitológicos participan hoy de hibridaciones complejas, que los vuelven funcionales a estas dinámicas.

¿Qué nos dice la recomposición de formas de empleo alrededor de economías como la textil sustentadas en el llamado "trabajo esclavo" de los talleres clandestinos, que mixturan relaciones y métodos cooperativos provenientes de las culturas originarias del Altiplano boliviano con criterios de valorización capitalista?, ¿o el aprovechamiento de las habilidades y costumbres de las quinteras y quinteros, también migrantes de Bolivia, que hoy producen buena parte de la fruta y la verdura que consume la metrópolis Buenos Aires?

¿Son estos elementos comunitarios (lingüístico-afectivos), en un ensamblaje posmoderno (¿pos-comunitario?), aprovechados en su *reverso* como fuente de nuevas jerarquías y formas de explotación? ¿Qué pasa cuando esos mismos

elementos mítico-culturales entran a formar parte de la dinámica de creación de estereotipos y estigmas[15] que justifican la política de división social de la ciudad en nuevos guetos y zonas de hiperexplotación laboral? ¿O es directamente incluido en el cálculo de *abaratamiento* de la mano de obra?

¿Cómo coexisten, entonces, estas tradiciones comunitarias con el mito *moderno*, siempre fuerte –y hoy omnipresente– en Argentina, referido a los "años gloriosos" de la sustitución de importaciones, al mismo tiempo que el mercado de trabajo se recompone actualmente a partir de elementos precisamente *no modernos* (jerarquías por raza y color de piel, etc.) y *posmodernos* (como los movilizados en buena parte de la economía de servicios)?[16]

15. En mayo de 2008 el juez federal Norberto Oyarbide sobreseyó a tres directivos de una empresa de indumentaria que tercerizaba la confección de prendas en talleres clandestinos con trabajadores extranjeros indocumentados. El argumento que fundamenta la decisión del juez es que los métodos de producción de los talleres están basados en "costumbres y pautas culturales de los pueblos originarios del Altiplano boliviano, de donde proviene la mayoría" y que se trata de "un grupo humano que convive como un ayllu o comunidad familiar extensa originaria de aquella región, que funciona como una especie de cooperativa". Oyarbide utiliza el mismo argumento que ya había utilizado la Sala II de la Cámara Federal porteña, cuando los camaristas Martín Irurzún y Horacio Cattani sobreseyeron a talleristas que habían sido procesados por el juez federal Ariel Lijo. Ver *Página/12*, "Explotación, esa 'costumbre ancestral'",15 de mayo de 2008.

16. La narración del mundo laboral de la economía de "procesos" está en plena gestación. Sin embargo, hay rasgos comunes: la combinación de flexibilidad en los contratos, la polifuncionalidad de tareas, la rejerarquización del mando, la baja de salarios, y la exigencia sobre atributos personales (color de piel, aptitud para atención amable, adaptabilidad a la imagen de la empresa, etc.). Particularmente interesante es lo que se aprende observando de cerca la actividad

★

A la multiplicidad de tentativas abierta por la experimentación social ante la crisis, la glorificación del empleo posdevaluación *interpreta el estallido de 2001 y la coyuntura abierta de 2002-2003 como catástrofe a exorcizar* y vuelve a situar la desocupación como amenaza y argumento de legitimación ante la posibilidad de una nueva devaluación.

Decíamos que el rechazo al trabajo y la recuperación de elementos mitológicos constituyen, entre otros, componentes de una capacidad política y actual de fabular. Incluidos como tensión desplazada en las ambigüedades del presente, forman parte de procesos de constitución de subjetividad en el *impasse*.

Hoy, aquel *rechazo del trabajo* (su politización, su materialidad rupturista, su otra imagen de felicidad) es una textura difusa en los barrios periféricos (tanto aquellos que están en el centro de la ciudad como en los antiguos "cordones industriales"): está incluido en el cálculo urbano de muchos que prefieren participar de redes más o menos ilegales y/o informales antes que conseguir algún empleo estable; es visible en muchas de las estrategias de los pibes más jóvenes que no tienen en su horizonte la posibilidad del empleo y sí muchas otras formas de ganarse y arriesgar sus vidas; y en otros todavía insiste como búsqueda de soluciones autogestivas o

de los llamados *call centers*. Para una aproximación: *¿Quién habla?, lucha contra la explotación del alma en los call centers*, Tinta Limón, Buenos Aires, 2006.

★

cooperativas para resolver la existencia diaria. Del mismo modo, las tendencias desguetificadoras y desracializadoras forman parte de los momentos comunitarios y contraculturales más vivos en la ciudad. Se trata de componentes *minoritarios* de una difusión extendida (en este sentido apunta la caracterización del momento actual de Suely Rolnik), un compuesto activo que demanda suma atención.

Cartografía urbana

Buena parte de las coyunturas actuales giran en torno de los contenidos hegemónicos que constituyen la gobernabilidad en el *impasse*. Es el caso, por ejemplo, de las ofensivas desplegadas por las derechas empresariales, que identifican la "nueva política" con la gestión entendida desde una óptica gerencial y de técnicas de management para "resolver los problemas de la gente". Así, la posibilidad de una nueva inflexión neoliberal, esta vez al interior del *impasse*, puede leerse entonces como un nuevo intento de metabolización capitalista de ámbitos cada vez mayores de la vida... precisamente aquellos que las luchas recientes habían dignificado y politizado.

El gobierno de la ciudad de Buenos Aires "convoca a meretrices para que lo ayuden a combatir la prostitución infantil". Así titula un diario digital porteño, en mayo de 2009. La noticia habla de las

★

"las prosti-espías pro" [PRO: referencia a las siglas del partido que gobierna la ciudad]. Y afirma: "Son diez, pero el proyecto contempla agrandar el staff. Trabajan y recorren de incógnito las zonas más calientes de la ciudad, e informan al gobierno porteño sobre la metodología de los proxenetas. Ganan un sueldo de 1.800 pesos al mes, en blanco. La idea es que sean el nexo entre lo que ocurre en las calles, las prostitutas y el Estado. En los próximos meses reclutarán más y piensan sumar también a travestis-asesores. ONG y hasta la oposición apoyan la medida". Un funcionario explica la iniciativa con sencillez: "Las contratamos porque andan en zonas y horarios que nosotros no podríamos cubrir, entonces tenemos más llegada a más lugares y a más víctimas de la explotación sexual".

Algunas de estas compañeras protagonizaron las protestas contra la sanción del Código de Convivencia Urbano, en 2004. Otras mujeres, con un pasado organizativo común, lanzaron años más tarde la consigna "Ninguna mujer nace para puta", que incluyó un libro y una muestra itinerante.[17] ¿Cómo comprender que el gobierno "de derecha" de la ciudad acuda a las propias mujeres en situación de prostitución, específicamente a las que poseen experiencias de organización y lucha, para llevar a cabo su

17. La muestra se realizó en el CC Borges de Buenos Aires, en mayo de 2006, co-organizada entre *Ammar-Capital* y *Mujeres Creando* (Bolivia). El libro, del mismo nombre, fue escrito por Sonia Sánchez y María Galindo, publicado por lavaca editora, Buenos Aires, 2007.

política de "saneamiento" urbano? Es cierto que ellas ya habían participado en distintos programas de asistencia social, algunos de los cuales habían incluso resistido y denunciado. Pero esta medida supone algo más: las mujeres en situación de prostitución son ahora convocadas para realizar directamente una tarea de gobierno, para cartografiar "las zonas rojas" y producir información sobre cómo intervenir en esos lugares donde los funcionarios no pueden llegar, ni saben cómo hacerlo, ratificando que para gobernar hay que conocer los códigos y producir interpretaciones en caliente.

Crisis de la palabra

En el *impasse* la palabra política entra en crisis de una manera precisa: la "fábrica del sentido" queda desplazada hacia la esfera mediático-gestionaria, en detrimento del pensar colectivo. Las preguntas construidas socialmente pasan a ser presentadas como "temas" ante los que debemos posicionarnos o como demandas a gobernar. Cualquier interrogante o malestar puede ser identificado y puesto bajo diagnóstico gracias a imágenes-clichés que todo lo significan con gran eficacia y flexibilidad. Surge así una cierta "facilidad de palabra" y los enunciados circulan sin peso.

Nos enfrentamos entonces a una paradoja, según la cual en el mismo momento que pro-

★

lifera todo tipo de discursos políticos, se confirma una progresiva *despolitización* de lo social y del lenguaje. No se trata de lamentarnos por la pérdida de una supuesta "autenticidad" de la palabra, sino de constatar que la expresión ha dejado de implicar una apertura de la imaginación colectiva, amparándose en articulaciones estrictamente justificatorias de las jerarquías actuales. Así proceden las sofisticadas jergas de la academia y el conjunto de retóricas que buscan reponer, como horizonte último del pensamiento, la refundación del estado y la autoridad.

Para que este tipo de operatorias se sostenga "materialmente" es necesario que la palabra renuncie a producir sentidos encarnados, atando su suerte a la del equivalente general dinerario. El flujo de enunciados anticipa entonces al flujo monetario y se realiza en él, mientras este último se dispone como respaldo efectivo del discurso.

Un nuevo tipo de orden se estructura en la *adhesión a estrategias y condiciones discursivas*, de las que quizá se descree pero que proveen la posibilidad de posicionarse en términos previsibles de seguridad y consumo. En este contexto, cierto *cinismo* se torna recurso fundamental de la época, en tanto asume lo lábil de toda existencia contemporánea, al tiempo que pretende conjurar la precariedad que le es inherente. En el mismo sentido debe interpretarse la incesante reposición de significaciones añejas que todavía poseen

legitimidad, pues permiten orientarse en un mundo cambiante, a costa de reducir su complejidad.

De modo que la reposición de funciones estatales debe ser leída en los términos de una producción de imágenes que aportan referencias para evitar la complejidad y eludir sus interrogaciones, antes que como retorno de la vieja soberanía nacional. Es la condición mediática la que hoy permite los enunciados que producen institución.

Por eso, el cinismo al que nos referimos funciona postulando la existencia de aquello que si existiera no necesitaría postulación, y que si no existiese tampoco podría crearse sólo por intermedio de su apelación. Y lo hace movilizando afectividades, a partir de viejos segmentos imaginarios de la política que bloquean, en lugar de reanudar, una dinámica problematizadora.

Una sutil eficacia performativa acompaña esta clase de procedimientos, que son capaces de fundar autoridad y producir cohesión en un contexto social determinado por la crisis (en una clara aspiración *restituyente*). Se trata de un modo de articular flujos de dinero, legitimidad y acción pública.

Con el sacrificio de la complejidad queda anulado un importante potencial democrático. Toda apelación a la inteligencia colectiva termina siendo suprimida. Tampoco subsiste, en ciertas instancias institucionales, la conciencia del abismo sobre el cual pende la existencia en común. El

cinismo consiste así en oponer una imagen hecha, a un problema nuevo e intrincado.

La crítica que se limita a denunciar la subjetividad mediática y gestionaria, por falsedad y espíritu manipulador o debido a su estructura paradojal y alienante, sigue confiando en fundamentos verdaderos y coherencias unidireccionales. Por el contrario, la crítica se politiza cuando participa en procesos de *creación de significaciones colectivas,* todo lo frágiles y fugaces que se quiera, en situaciones concretas.

Los mensajes iban y venían en torno a un "asunto" que, creíamos, daba en la tecla: las dificultades que experimentamos para crear un tono autónomo en el contexto actual, poseen relación directa con la preponderancia alcanzada por los estereotipos. Tan es así, que quizá debamos aceptar que ya no hay ámbitos de pensamiento que no estén mediatizados por estos clichés, cuya pretensión es brindar respuestas a problemas radicalmente imprevistos.

El intercambio involucró incluso a Amador Savater, quien por ese entonces trabajaba entusiasta en la edición del libro Crisis de palabras.[18] *Esta imagen nos pareció muy interesante y nos permitió formular ciertas preguntas: ¿no será el desacople entre palabra y experiencia, algo así como el elemento que permanece impensado en todo conflicto contemporáneo? ¿Y no corremos el riesgo de insistir con intervenciones anacrónicas o nostálgicas, si*

18. De Daniel Blanchard, Acuarela Editorial, Madrid, 2008.

no logramos dar cuenta del modo en que se instituye el sentido en la actualidad?

La sorpresa fue mayúscula cuando apareció un mensaje cuyo remitente no era ninguno de nosotros sino alguien que se hacía llamar CRISIS DE LA PALABRA. El asunto decía: "Crisis de la palabra le recomienda esta nota publicada en Clarín.com". *Se trataba de un artículo donde "el gran diario argentino" anunciaba el cierre de la revista* Punto de Vista, *luego de treinta años de vida. Según el anuncio, la directora de la publicación explicaba en la editorial del último número, que el cierre no se debía a problemas financieros sino al fin de una etapa.*

Hubiera sido difícil hallar, en nuestra discusión, un ejemplo mejor para dar cuenta de en qué sentido puede decirse que la palabra está en crisis.

El *impasse* supone también la neutralización del *acontecimiento*. La novedad social que se anunció como posibilidad y fue formulada como pregunta, se disipa cuando es sometida a "clonación": una vez que las fuerzas que irrumpieron son *duplicadas* y dan lugar a una *imagen separada*, el signo de aquellas fuerzas cambia. Ahora circulan estériles y encapsuladas, como espectros sostenidos por premisas recortadas y puramente *especulares*.

Claro que no se trata sólo de una astucia política, a la que podamos atribuir el súmmum de la malicia y el poder mistificante. Es preciso

comprender este proceso como parte de una intensa mutación antropológica (al decir de Franco Berardi), vinculada al funcionamiento de la red y las tecnologías digitales, mutación a la que resulta insensato oponer resistencia a priori, tanto como festejarla con ingenuo optimismo. Tal institución de un nuevo régimen lingüístico ha complejizado las relaciones entre cambio social, crisis y potencia de la palabra desde abajo, obligándonos a desarrollar modos de articulación diferentes a las propuestas por el viejo anudamiento estructural del sentido.

Hace ya un tiempo que nos movemos entre dos dimensiones del análisis en sí mismas insuficientes. De un lado, nadamos en la corriente incesante de opiniones y noticias, de operaciones y conflictos que se dirimen en escenarios reducidos, inhabilitados para desplegar principios de interpretación autónomos. Por otra parte, procuramos sustraernos al previsible universo de los medios y la gestión, para navegar en aguas más profundas, donde es posible contactar otros tiempos y desarrollar otras sensibilidades. Esta alternativa contiene sin embargo su propia paradoja, porque suele derivar en un combate contra "la realidad", en nombre de posibilidades que permanecen en estado virtual y no llegan a manifestarse en el cotidiano (las posibilidades que atormentan al *visionario*, según Peter Pál Pelbart).

★

En un presente que no puede ser vivido ni como epílogo ni como prefacio, lo decisivo es resistir la banalización de la existencia. El humor es el arma principal para quienes se asumen, sin lamento, huérfanos de todo futuro que se quiera indefectible. No la risa despectiva y cínica, que permite ahogar las penas y se muestra condescendiente con la decadencia colectiva. Sí en cambio la ironía, que a fuerza de demoler ídolos potencia nuestra capacidad para distinguir el material de los mundos que vendrán.

Promiscuidad

Hay una consistencia propia del *impasse*: la de un terreno empantanado, fangoso. En ese suelo informe fracasan los movimientos que se pretenden rectos, progresivos, planificados. La acción intencional queda sometida a todo tipo de rodeos y desvíos.

Si tomamos como premisa la materialidad del *impasse* así definida, debemos repensar, en su interior, la propia actividad política, que parece volverse un lento y delicado *entretejido* en el que cada nudo de la trama se realiza como experiencia de íntima *proximidad*. La práctica de construcción colectiva actual, bajo la imagen del *tejido,* nos exige asumir que hoy es ese *punto por punto* el que habilita armar territorios en el pantano, construir en él orientaciones prácticas inmediatas y conjurar –aunque sea de forma

momentánea– la *exterioridad* invasiva de la existencia mediatizada. Sólo así, *por cercanía*, parece posible conquistarse una inmanencia.

Llamamos *promiscuidad* a ese ambiente abigarrado constituido por las combinaciones que se engendran en el terreno fangoso y en el que los tejidos políticos, capaces de constituir una fuerza en un espacio concreto durante, al menos, un breve lapso de tiempo, resultan siempre provisorios. La noción de promiscuidad, aquí, no tiene una connotación moral, sino que intenta expresar una hibridización de dinámicas que coexisten sin un sentido a priori que pueda ordenar los intercambios y los flujos o dar coherencia y estabilidad a las prácticas colectivas.

En el *impasse*, las categorías políticas resbalan, no dicen mucho. Los llamados al orden, a la nostalgia o al cinismo son formas no constructivas de asumir la promiscuidad.

Lo promiscuo es el territorio de las "y": todo cabe, todo se superpone, nada parece excluir una cosa u otra. Ningún criterio general logra organizar una comprensión clara del mundo. En la promiscuidad se impone un alto grado de *desorientación*: las tácticas oportunistas se aceleran, el cálculo para sobrevivir es la regla y el miedo organiza el cotidiano. Éstas son las condiciones actuales en las que la vida a la vez se repliega y explora nuevas posibilidades.

★

Desde hace algunos años, al borde de la ciudad de Buenos Aires creció una feria que ha sido catalogada desde algunos organismos internacionales como "la feria ilegal más grande de América Latina": La Salada. Allí se enhebra todo tipo de lógicas y convive una serie compleja de actores y negociaciones. La articulación es permanente, tanto en su costado creativo como destructivo. Mayoritariamente llevada adelante por migrantes bolivianas y bolivianos, en la feria *se encuentra de todo: desde ropa y calzado hasta comida de cada región de Bolivia, música y películas, electrodomésticos, etc. Vienen contingentes de países vecinos y del interior, a comprar en ese gigantesco mercado que sólo funciona dos veces por semana durante toda la noche. Recientemente Alfonso Prat Gay –flamante legislador y exfuncionario de la banca JP Morgan durante la crisis de 2001– defendió a La Salada con su vocabulario de joven neoliberal ilustrado diciendo que quienes trabajan en la feria debían ser considerados* "emprendedores" *y que si no estuvieran allí serían potenciales delincuentes. Las distintas agrupaciones de comerciantes* "nacionales", *por su parte, mostraron su enojo: argumentando que resulta imposible competir con el circuito de producción y comercialización de La Salada y que el gobierno debía defenderlos a ellos por ser los representantes de la industria nacional. El racismo inherente a las dos posturas es manifiesto. Sin embargo, hay que subrayar el modo en que*

★

los economistas neoliberales valoran la movilización de recursos que implica esta feria y, de alguna manera, reconocen la realidad de su dinámica productiva que ha devenido transnacional.

Volvamos sobre la consistencia del *impasse*: la promiscuidad no se deja confundir con un caos "a ordenar". Quizá, sea más apropiado hablar de conjuntos heterogéneos y proliferantes en los que el sentido no está nunca a salvo de reversiones parciales. Sobre esa misma promiscuidad actúa una incesante producción de códigos mediáticos y de estereotipos que devuelven, en tiempo real y como separado, los signos que en el magma heterogéneo se produce enraizado en dinámicas colectivas. Bajo tal efecto mediático, los signos sociales van adquiriendo todo tipo de mutaciones.

La promiscuidad, decíamos, puede entenderse bajo la figura gramatical de la "y". Es por eso que el arte del tejido político requiere un trabajo de gran delicadeza. Al punto tal que tiende a replegarse apenas se ve confrontado con expectativas voluntaristas demasiado altisonantes y, al contrario, recobra efectividad cuando se asienta en una lectura de las micromutaciones incesantes del lazo social; variaciones que sólo se perciben y son interpretables por la experiencia de la *cercanía*.

El estereotipo es, precisamente, la conjugación

★

mediática de aquella proximidad que consideramos necesaria para el tejido político. Cuando la realidad funciona según operadores de conexión que simulan o clonan esa cercanía, la ambivalencia que rige lo promiscuo es traducida de manera inmediata como nuevo código, secuestrándole su potencia innovadora, gobernando su devenir. Las "y" que comunicaban heterogeneidades dejan su lugar a otras "y" que ponen en serie, sobre un mismo código mediático, diferencias recortadas y recombinadas en el terreno de la imagen y del lenguaje prefabricados.

Profanaciones

Lo que se busca gobernar es la producción permanente de *diferencias* en el terreno de lo social. De allí que sorprenda constatar, cada vez, la línea estratégica de apropiación de elementos organizativos y discursivos provenientes de las prácticas radicales. Estas mismas invenciones pasan a funcionar, una vez que han sido recodificadas, como procedimientos de orden, de pacificación, de construcción de "sociedad civil", incluso cuando se dramatizan como conflicto.

Sin embargo, siempre es posible hallar una ranura, por mínima que sea, donde la producción de alternativas logra respirar. De allí surgen, incesantemente, iniciativas y dinámicas de diferenciación, que nunca están a salvo de ser

reabsorbidas, quedando atrapadas en cápsulas de obviedad.

Llamamos *inmanentización del poder* a esa velocidad y densidad de la captura, que parece derivar en un isomorfismo de las formas del dominio respecto al contrapoder, impidiendo el trazado de límites claros. Si la codificación hegemónica no alcanza a recubrir y controlar del todo el plano de la producción insubordinada (inmanencia), es porque siempre hay un plus que subsiste en la mezcla indetenible de los cuerpos, en el encuentro de los signos y sus fragmentos. Este proceso incesante requiere de un trabajo paciente y casi artesanal, que lo vuelva perceptible como *diferencia*.

Capusotto no es sólo un cómico televisivo.[19] *Él se mueve en una dimensión que es previa a la TV misma, donde se trabaja con imágenes que organizan un enorme caudal de existencia. En este sentido es un auténtico humorista, que remueve con la risa lo que ha quedado congelado en el cuerpo y en el nivel del sentido.*

Su personaje de Bombita Rodríguez consigue capturar y desarmar el estereotipo del militante de los setenta, en la medida que exhibe un modo de bailar, de vestir y hasta de hablar, en el que la firmeza antiguamente revolucionaria hoy aparece como torpe rigidez, a su vez repudiada por el ideal

19. Sus creaciones son más vistas en Youtube.com que en la propia televisión.

★

contemporáneo de flexibilidad y fluidez. Una ironía similar transmite Pomelo, el nuevo ídolo del rock, especialmente concebido para adolescentes "que quieren rebeldía", puro ego transgresor, hipérbole yoica de la estrella, que se resume en un modo de arrastrar las palabras y romper floreros, pero es incapaz de una sola inspiración musical. Y Luis Almirante Brown, el poeta que consigue el milagro de escribir como Artaud y ser entendido por millones, pues se desliza con una facilidad extrema de la afección "a lo Spinetta" (símbolo del rock de culto) al chan chan chabacano, para luego "explicarnos" el prodigio con la retórica de un intelectual universitario, o de un artista bohemio. Incluso Micky Vainilla (estrella del pop con bigote hitleriano y estilo macrista), que resume los rasgos de ese racismo liviano, ubicado mas allá de toda conciencia moral o colectiva, al que habitualmente se entregan quienes hacen suya la valoración jerárquica que los estereotipos afirman.

En su reciente programa de radio, Capusotto consigue dar cuenta de hasta qué punto la más mínima inflexión de voz, cuando es capturada mediáticamente, parece estar previamente guionada y sometida a estandarización. De este modo lo que se transmite por el éter es una verdadera plaga de hábitos que gobiernan la expresión, y que se manifiestan en cada oyente que llama para, tras asegurar por enésima vez que "hay que matarlos a todos" o que "son todos montoneros", despedirse con el infaltable: "muy bueno el programa, Arnaldo".

★

Sería estéril y simplificador negar la potencia de la imagen por el hecho de que nada en ella la exceptúa de devenir cliché. Más bien resulta indispensable prestar atención al modo en que se enlazan y producen tales imágenes, componiéndose en secuencias con significados muy distintos. Cuando la imagen circula amputada de su contexto, como modo de vida que se ofrece para ser consumido, lo que se produce es un *estereotipo*. Esa misma imagen puede ser extraída de la serie unívoca de la codificación y quedar disponible para usos diversos, no necesariamente previstos: entonces, decimos que el estereotipo ha sido *profanado*. Por último, hay ocasiones en que las imágenes son reapropiadas según la perspectiva de un instante singular, como parte de un proceso vivo y abierto, que provoca la *ruina* de la lógica misma de los estereotipos.

La imagen pasa de una secuencia a la otra (del cliché a su profanación, incluso su ruina, aunque siempre bajo la amenaza de un nuevo estereotipo), en un juego de reapropiaciones y reinterpretaciones por parte de las fuerzas, siempre en pugna, que le imprimen sentido. Una marca internacional es copiada, alterada, y convertida en símbolo de distinción urbana, por quienes se mueven en un mercado que funciona en las fronteras de la legalidad. Las formas de hablar de la televisión son imitadas, deformadas y recombinadas como códigos callejeros por

★

"usurpadores" de lenguajes mediáticos que se convierten en los nuevos evaluadores de los usos de la palabra. Las letras de la cumbia comercial, filtradas por la cultura juvenil de las villas, inventan un estilo anti sumiso y se transforman en consignas de desafío al poder que discrimina y margina. Los repositores jóvenes de los supermercados llegan a sospechar de sus propios prejuicios, cuando se dan cuenta de lo absurdo que supone temerle a "la cara de chorro" de algunos pibes que se acercan a la caja.

La disputa imaginaria puede llegar muy lejos debido a (y no a pesar de) las condiciones mediatizadas del presente. Las disyunciones que profanan y arruinan al estereotipo nos remiten a la inmanencia como superficie capaz de asimetrías. En el caso de la profanación la apertura es relativa, porque si bien el significado de los estereotipos es alterado, estos clichés continúan operando. La catástrofe de los estereotipos va un poco más allá: supone la crisis absoluta (al menos como tendencia) de su capacidad significante. Sin la ilusión de salirnos de la *promiscuidad,* se traman nuevas posibilidades para la imaginación política.

La artesanalidad de la política

Sobre esta consistencia de promiscuidad, ¿qué ocurre con la política radical?

★

Si bien el mérito más explícito de las prácticas y enunciados que se difundieron a comienzos de este siglo en nuestro país (autonomía, horizontalidad, lucha callejera, insurrección) fue revelar la inconsistencia de la institución política previa, hubo otra cara de aquel nuevo protagonismo social que también fue decisiva: abrir un amplio campo de experimentación, atravesado por todo tipo de preguntas y afirmaciones. Por eso hoy, cuando nos interrogamos por la actualidad de la política, resulta imprescindible tener en cuenta el extenso proceso de recodificación de lo social que ha motivado el cierre relativo de dicho espacio experimental.

Una de las capas que conforman el *impasse*, quizás una de las más difíciles de analizar, involucra la existencia de fragmentos discursivos e identitarios que pertenecen a la memoria de luchas con las que hemos aprendido a conjugar, precisamente, el verbo *hacer* política. Esta apelación a ciertas fórmulas y simbologías que provienen de tradiciones combativas (incluso las más recientes), ha contribuido a reorientar procesos de aguda conflictividad (abiertamente indomables), según dinámicas polarizantes que menosprecian la riqueza sensible del antagonismo, reduciendo el horizonte de la invención colectiva. Cuando la diferencia política es reconstituida en términos de opciones binarias, la experiencia constituyente termina

★

siendo reemplazada por una representación codificada de la misma.

Aun así podemos distinguir momentos de decodificación y tentativas de interpretación autónoma, a partir de esfuerzos de sustracción relativa que perforan la convocatoria polarizante. No se trata de experiencias idealizables sino de situaciones activas que, produciendo sus propios lenguajes, dan lugar a derivas laterales que intentan esquivar el código dominante, aquel que se articula con el paradigma de gobierno e instituye el monolingüismo del capital.

Nos referimos a procesos en los que la coexistencia de una pluralidad de elaboraciones de sentido, de territorios vivos, de vínculos significativos, origina composiciones singulares e irreductibles. En este sentido, la producción de inteligibilidad desborda el ámbito de lo discursivo y se abre a un diagrama (afectivo, imaginario, corporal) mucho más amplio, que se constata tanto en los niveles de mayor visibilidad pública y mediática como en los espacios callejeros, las economías domésticas-informales y hasta en nuestros órganos fisiológicos (ojos, cerebros, riñones).

El antagonismo no ha desaparecido. Ha sido conducido a la polarización, pero a la vez ha sido diseminado en el fango y la promiscuidad, al punto de jugarse como posibilidad en cada situación. De allí, entonces, que podamos

★

insistir con el valor propiamente político de los colectivos (mayor cuanto más inadecuado a la discursividad ambiente) que rehúsan disolverse en el sentido común articulado en el proceso polarizador.

Si tanto nos cuesta distinguir en qué consiste hoy la intervención política es por la ambigüedad y el vértigo que imposibilitan cualquier afirmación tajante y complejizan el ejercicio de la valoración. No se trata de reaccionar de manera conservadora, reponiendo las certezas que han quedado en pie. Hay que sumergirse en este medio ambivalente, lleno de potencialidades muy reales que no llegan a manifestarse, pero que impiden el cierre definitivo de "la realidad".

Quizá la política sea, cada vez más, esta inflexión por la cual damos consistencia a las situaciones en las que nos involucramos, descubriendo la capacidad para fabular por nuestra cuenta. Esta labor requiere de una delicada artesanalidad.

Tinta Limón Ediciones
Casilla de correo 1, sucursal 41 CP 1441
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
www.tintalimonediciones.com.ar
www.situaciones.org